

REPENSAR LA COOPERACION PARA DESPENSAR EL DESARROLLO

J. Sánchez Parga

Resumen

Desde hace más de tres décadas el modelo de desarrollo que la cooperación internacional ha implementado en América Latina ha contribuido a aumentar las diferencias económicas y las desigualdades sociales. Los efectos de este modelo se han agravado en la última década desde que el desarrollo se encuentra más estrechamente asociado al crecimiento económico.

Si el crecimiento económico de los países desarrollados genera crecientes inequidades tanto en los países del Norte como en los del Sur, es porque dicho crecimiento es cada vez menos distributivo, y por consiguiente impide que también el modelo de desarrollo implementado por la cooperación internacional pueda ser distributivo.

La Universidad se encuentra sujeta a un doble discurso, el de la cooperación y el desarrollo, que ella no ha producido, y que más bien se limita a reproducir. Han sido los Estados nacionales y organismos económicos internacionales quienes han producido y siguen reproduciendo los discursos del desarrollo, del subdesarrollo y de la cooperación internacional; son ellos los que los resemantizan constantemente, les añaden nuevos adjetivos o calificativos (desarrollo endógeno, desarrollo local, endo-desarrollo, eco-desarrollo, desarrollo etno-centrado, desarrollo sustentable, intercultural e incluso desarrollo “con rostro humano” precisamente cuando el desarrollo cada vez más estrechamente asociado al crecimiento económico se muestra cada vez más inhumano). Frente a este despliegue de discursividades y programas políticos la Universidad se ha reducido a funcionar como una caja de resonancia o correa de transmisión de una ideología y unas prácticas, que si bien es verdad le proporcionan ciertos beneficios, le impiden un ejercicio crítico y creativo para hacer propuestas más reales y eficaces. Y que además sería su aporte específico en cuanto Universidad a dichos procesos de cooperación y desarrollo.

Para las izquierdas latinoamericanas de los años 80 el discurso del desarrollo ha sustituido al del cambio social; y para las derechas de los años 90 ese mismo discurso del desarrollo se asociaba y encubría el discurso de la CEPAL de un *crecimiento económico con creciente inequidad*.

Mientras que las condiciones de la cooperación y del desarrollo se han modificado profundamente en el curso de las dos últimas décadas, la Universidad parece conservar una versión de ambos fenómenos muy desfasada; precisamente cuando el modelo económico neoliberal, concentrador y acumulador de riqueza, y la última crisis del capital hacen urgente repensar el paradigma *desarrollo / cooperación*. Nosotros mismos ya en el IV Congreso de Barcelona habíamos planteado no sólo la necesidad de repensar la cooperación desde el desarrollo, abandonando la inercia colonial de seguir pensando el desarrollo desde la cooperación, sino también la urgencia de cuestionar la articulación entre desarrollo y crecimiento económico.

Sin embargo ante la “fatiga de la ayuda” internacional, ante “la reducción de recursos y falta de financiamientos” cada vez más limitados, y ante los reducidos efectos de tanta cooperación y tantos cooperantes, los Estados y organismos internacionales siguen creyendo que el problema no reside en las ofertas de la ayuda sino en los defectos de su recepción; por eso se obstinan en

creer, que la “mayor eficacia” depende de que los países subdesarrollados “se impliquen más en las estrategias del desarrollo”; es decir en un desarrollo cada vez más identificado con el modelo neoliberal de crecimiento económico”, con una mayor “apropiación” de dicho modelo.

En este sentido, pensamos que mientras los países del Norte sigan definiendo los contenidos y las formas del desarrollo y la cooperación, su importación del modelo a los países del Sur seguirá siendo cada vez más ineficaz e “inapropiada”, ya que dicho modelo no deja de revelar de manera cada vez más espectacular y dramática sus fracasos en los mismos países desarrollados: las crecientes diferencias económicas y desigualdades sociales al interior de estos países. Diferencias y desigualdades que la crisis reciente ha puesto de manifiesto de manera dramática.

En esta perspectiva nos proponemos abordar primero un viejo problema de método, y en segundo lugar una cuestión más actual, teórico-política, urgida por la reciente crisis del capital. Sobre todo porque precisamente esta última crisis pone de manifiesto con extrema visibilidad, lo que en sus crisis anteriores resultaba menos evidente: *las crisis producidas por el capital y resueltas por el mismo capital o a su favor lo consolidan y legitiman, al mismo tiempo que “devastan” sus oponentes: el Estado, las clases medias y los residuos económicos de su anterior fase de desarrollo.*

1. ¿De qué “apropiación” hablamos?

En primer lugar, más que obligar a los países y sectores subdesarrollados que se “apropien” de las ofertas y propuestas de la cooperación, según la desafortunada fórmula de la Conferencia de París (2005), consideramos que los organismos, proyectos y programas de la cooperación deberían comenzar por apropiarse de las reales condiciones, efectivas estrategias y modos propios de desarrollo de los países del Sur. En este sentido deberían predisponerse para “aprender” de los mismos países y sectores sociales destinatarios de la ayuda, qué y cómo hacer para que dicha ayuda sea eficaz y efectiva. En esto la Universidad cumple un papel decisivo.

Para ilustrar esta problemática basten dos anécdotas, que surgieron en el Coloquio Internacional sobre Universidad Cooperación y Desarrollo, organizado por el Consejo de Universidades en Bruselas en octubre 2010.

Al cabo de la exposición de un proyecto de cooperación en el Congo implementado durante 6 años por una Universidad belga, se levantó un congolés, que había sido asesor de NNUU y dirige un instituto canadiense para la cooperación en Africa, y preguntó a los dos profesores responsables del proyecto qué habían aprendido después de tantos años de trabajo en dicha región. Tras un instante de sorpresa respondieron que nunca se habían planteado tal cuestión. Un largo y embarazoso silencio dio lugar a un importante debate, ya que la pregunta no iba dirigida sólo a los dos profesores responsables del proyecto sino a todo el Coloquio en su conjunto y en definitiva a toda la cooperación internacional: ¿qué aprende esta cooperación no sólo de sus mismas prácticas de desarrollo sino también y sobre todo de los países beneficiarios de dicha ayuda? Se trata de aprender algo que permita mejorar o rectificar nuestros propios modelos, presupuestos y propuestas de cooperación y desarrollo.

El otro ejemplo surgido del mismo Coloquio fue, por el contrario, muy edificante. Dos profesores de física de la Universidad de Namur con colegas de una Universidad africana constatan que un extraordinario número de estudiantes suspenden o reprueban las materias de las ciencias exactas y en particular las de física. Tras una indagación compartida por ambas Universidades “aprenden” que los conceptos científicos (como el de *fuerza*, *corpúscular*,

ondulación, fluidos, etc.) lejos de tener correspondencias con las lenguas aborígenes se prestan más bien a equívocos, obligando a los estudiantes a aprender de memoria las definiciones de los conceptos sin llegar a entenderlos, y por consiguiente no poder usarlos ni servirse de ellos para comprender y explicar los fenómenos de la física o de las otras ciencias. Esto obligó a mejorar el método explicativo de tales conceptos a partir de cómo fueron producidos, de sus posteriores desarrollo y elaboraciones teóricas, de sus usos y aplicaciones. El éxito del programa no sólo se extendería a la docencia de las otras ciencias, sino que incluso repercutiría en Universidades belgas, ya que el problema era análogo: en lugar de aprender definiciones cómo enseñar a pensar, comprender y explicar los conceptos definidos.

La Universidad no sólo puede y debe generar las predisposiciones intelectuales y científicas para lograr estos aprendizajes desde los países del Sur y del subdesarrollo, que conduzcan a repensar los paradigmas de la cooperación, sino también para que ya en el terreno y trabajo de campo los proyectos y programas pueda ser redefinidos, rectificados o mejorados. Muchos son los ejemplos que se pueden aducir para ilustrar esta situación.

Sólo después de haber entendido por qué los pueblos quichua de los Andes no tienen la palabra *cuerpo*, y por qué sus representaciones del tiempo (el futuro en la espalda, detrás, y el pasado de frente, delante) les impedían o limitaban sus comportamientos de prevención, anticipación, de proyectar y planificar, allá por los años 80 pudieron los médicos y sus programas de salud basados en una concepción muy somática y anatómica de la enfermedad redefinir muchos de sus presupuestos y parámetros sanitarios. Algo similar ocurrió también en los 80 con un intento de “concentración parcelaria” en las comunidades andinas, que fue paralizado, ya que ignoraba los criterios de rentabilidad y rendimiento, que suponían para las familias indígenas tener un promedio de 5 parcelas en la misma o en otra comunidad, en lugar de tener todas sus tierras en una sola parcela. A la distribución de los diferentes suelos, mayores posibilidades en el juego de la rotación de los cultivos, en la diversificación de los riesgos climáticos, etc. hay que añadir que mayor número de parcelas supone mayor número de vecinos y de intercambios o compromisos socio-laborales.

Estas predisposiciones para aprender desde las prácticas de desarrollo mejores formas de cooperación tienen que completarse hoy con un cuestionamiento de los presupuestos del modelo económico que está detrás de las mismas ideas de cooperación y desarrollo. ¿Es posible que la cooperación internacional pueda generar un desarrollo, que en lugar de generar crecimiento económico, que siempre produjo desigualdad, genere una mayor distribución social de la riqueza?

El modelo económico del Norte es cada vez más cuestionable desde el Sur

Hoy los países desarrollados ya no pueden con sus excedentes acortar las distancias y diferencias, que los separan de los países del Sur. Lo que parecía posible en los años 70 e incluso en los 80, ya no es posible en la actualidad. Todo lo contrario: el nuevo modelo de desarrollo capitalista, concentrador y acumulador de riqueza, consolidado por la última crisis, sigue aumentando las desigualdades no sólo entre el Norte y el Sur sino también dentro de los mismos países del Norte.

Mientras que los países del Norte sigan basando su desarrollo en el modelo capitalista de crecimiento económico sostenido, no sólo generarán más pobreza en los países del Sur, a pesar de toda la ayuda de la cooperación, sino que también desatarán el empobrecimiento en sus propios países desarrollados. Hoy los hombres más ricos del mundo ya no se encuentran

solamente en los países ricos sino también en los países pobres (México, India, África, Brasil). Sólo cuando los países del Norte sometían su crecimiento a una mayor distribución, es decir cuando frenaban la acumulación y concentración de riqueza, podrán reducir las diferencias no sólo entre el Norte y el Sur sino de manera global en todo el mundo. Es la misma máquina de la economía capitalista que es necesario cambiar o por lo menos cambiar su funcionamiento.

La crisis de los años 70 y la transición neoliberal de los 80 pulverizan el paradigma del *desarrollo / subdesarrollo*; y por eso la cooperación que servía a los países desarrollados para desarrollar a los no-desarrollados adoptará una nueva forma: “la lucha contra la pobreza”. Una lucha imaginaria condenada al fracaso, pero que ha servido para seguir haciendo funcionar el mismo modelo y sus mecanismos. El nuevo modelo de desarrollo capitalista establece una división imaginaria entre Norte y Sur; aunque el proceso de acumulación y concentración de riqueza tanto como el de empobrecimiento se han globalizado, y atraviesan tanto las relaciones Norte / Sur como en los países de ambos hemisferios. La única diferencia es que la concentración y acumulación de riqueza se visibiliza más y mejor en el Norte, mientras que los procesos de empobrecimiento se visibilizaban más y mejor en el Sur.

La última crisis del capital ha tenido el efecto de poner de manifiesto el empobrecimiento de las clases medias en los países del Norte, donde 30 millones de empleados, obreros y profesionales, han perdido sus trabajos y sus empleos en dos años, y donde los jefes de Estado y de gobierno han tenido que aplicarse para “hacer bien sus deberes” y cumplir con los dictados del FMI, de las bolsas, de las empresas financieras y firmas de calificación. Ha sido patético escuchar a gobernantes de las democracias europeas de que estaban haciendo bien sus cuentas para ser aprobados por los organismos internacionales del capital y la banca. ¿Es este modelo de crecimiento económico que ha conducido a la quiebra y bancarrota a Estados democráticos en los países del Norte, lo que ha de seguir exportando la cooperación internacional a los países del Sur? ¿Es este modelo de desarrollo que los países del Sur han de “apropiarse” según la desafortunada fórmula de la Conferencia de París?

No otro es el modelo de crecimiento económico, que ya ha comenzado a desatar una competitividad encarnizada a nivel global entre los países más ricos del Norte. Este y no otro es el modelo que está profundamente cuestionado no sólo porque con su voracidad destruye las sociedades humanas y la convivencia entre los pueblos sino también porque devasta los recursos naturales y el medio ambiente de manera irremediable.

En este sentido, la Universidad más que seguir siendo instrumento y cómplice del doble discurso de siempre sobre la cooperación y el desarrollo, debería generar las más serias críticas y nuevas propuestas en los mismos países del Norte. Ya que la cooperación al desarrollo de los países del Sur comienza por cambios radicales del mismo modelo de desarrollo en los países del Norte. Y sólo transformando el modelo de desarrollo y de crecimiento económico en el Norte será posible transformar las relaciones de cooperación Norte / Sur.

Por esto consideramos que la crisis reciente es una oportunidad para repensar no sólo el modelo de crecimiento económico y de desarrollo sino también el modelo político de nuestras democracias “devastadas” – pervertidas y fragilizadas – por dicho crecimiento y desarrollo capitalistas. Por eso hay que esperar que las actuales revoluciones democratizadoras de los países árabes lejos de reproducir el estado en el que se encuentran las democracias llamadas “occidentales” propongan un modelo de democracia capaz de gobernarse por sí misma y no por las dictaduras de los bancos, de las bolsas y de los mercados.

